

Juanma Ruiz

HACERSE
EL MUERTO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n° 128—

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JUANMA RUIZ
Del prólogo © RICARDO LOBATO
Directora de la colección: ALICIA ARÉS
Fotografía del autor en la solapa © JUANMA APARICIO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com
Diseño de cubierta © ALICIA ARÉS



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MAYO 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-37-2

Depósito legal: M-11960-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Cristina

PRÓLOGO

Para llegar a las palabras

Jed Martin, el fotógrafo y artista conceptual protagonista de *El mapa y el territorio*, de Michel Houellebecq, organiza, al principio de la novela, una exposición en la que yuxtapone una imagen tomada desde un satélite y un mapa de la misma zona: «El contraste era extraordinario. La foto satélite solo mostraba una sopa de verdes más o menos uniformes sembrados de vagas manchas azules, mientras que el mapa desarrollaba una rejilla fascinante de carreteras departamentales, pintorescas, de vistas panorámicas, bosques, lagos y puertos de montaña». De un lado, la mancha, ilegible, del territorio; del otro, el mapa, en el que el turbión informe de lo real adquiere sentido, nitidez; se vuelve inteligible.

Hacerse el muerto (el cuarto poemario de Juanma Ruiz, tras *Paseos o derivas*, *Tratado de egoísmo* y *Materiales de derribo*) comienza con el yo, al modo de Dante, *nel mezzo del camino della sua vita* —*Yo vivo justo al centro / de mi vida*, escribe en «Destiempos»—. Lo encontramos, se diría, *in medias res*, en una suerte de crisis vital, abocado, para descifrarse, a *cartografiar las fronteras de la soledad*; a trazar un mapa que haga habitable el confuso territorio de sí mismo; que le permita orientarse, tal vez hallar una salida. Y será la poesía el sistema de representación (hay tantos en el libro: jeroglíficos, cardiogramas, ecuaciones, pentagramas, mapamundis, caligrafías, fórmulas químicas) al que se aferrará el yo en ese

camino de autoconocimiento. *Hacerse el muerto* es, ciertamente, una expedición topográfica por los pliegues de la propia conciencia (la memoria, la decepción, el fracaso, la resiliencia, la esperanza), pero también —y sobre todo— una indagación acerca de la capacidad de la poesía para erigirse como andamiaje o estructura posible de sentido.

No será fácil probar que sí, que es posible, en efecto, confiar en las palabras, en la poesía (algo tiene el poemario de una improbable tesis académica, con su falso «Marco teórico» y sus falsas notas a pie de página). Consideremos, por ejemplo, el crucial «Antes». Tras unos versos iniciales (*Este poema nunca será / tan bello / como antes de esculpirlo...*) que remiten a la «Oda a una urna griega» de John Keats (*Las melodías oídas son dulces; pero las no oídas / son aún más dulces*: una declaración de la imposibilidad de alcanzar cualquier forma de ideal poético o estético; o de la primacía del adentro sobre el afuera; o de cómo lo real, o lo sensible, no está nunca a la altura de lo imaginado), se instala Juanma Ruiz en el tópico de la insuficiencia del lenguaje (la *cortedad del decir*, tal como lo bautizó José Ángel Valente en uno de los ensayos de *Las palabras de la tribu*), es decir, de la incapacidad del lenguaje para dar cuenta del mundo y de nuestras experiencias íntimas. Por eso el poema, una vez escrito, no es más que un *poema risa / tan chiste, tan solemne, tan charrarra, / desnudo de verdades, puro adorno / salido de la entraña de un idiota / que fue verdad antes de ser palabra*. La misma idea aparece, poco después, en «Cardiograma»: *Y sueño escribir gritos y desgarros / porque escribir palabras sabe a poco*. O en «Capitulación»: *Lo que regalo / son solo los efectos de este nudo / detrás de la garganta y bajo el pecho, / las ganas de llorar entumecidas, / el no encontrar la forma de explicarme*. El libro

se incardina, así, en una larga tradición, que tiene entre sus hitos la rima I de Bécquer (*Yo sé un himno gigante y extraño / [...] / Pero en vano es luchar; que no hay cifra / capaz de encerrarlo*) o «Intensidad y altura» (*Quiero escribir, pero me sale espuma*), de César Vallejo.

Si de verdad queremos hacer de la poesía una carta de navegación fiable (si de verdad queremos que exprese lo que somos), habrá que liberarse, paradójicamente, del *peso del lenguaje*, ese *ferviante carcelero del sentido*. Habrá que someter al lenguaje a una sistemática labor de poda o tachadura (*Quizá un poema es solo un diccionario / y un cincel para quitarle lo que sobra*), para lograr una poesía capaz de decir todo por primera vez (*La prosa es tener algo que decir, / poesía es inventar cómo decirlo*), o de decir, al fin, lo inexpresable. *Para llegar a las palabras, / es preciso desandar lo andado*, escribe Juanma Ruiz, en unos versos que podría haber escrito el gran Roberto Juarroz (y pienso en los versos primeros de su *Duodécima poesía vertical: Sacar la palabra del lugar de la palabra / y ponerla en el sitio de aquello que no habla: / los tiempos agotados, / las esperas sin nombre, / las armonías que nunca se consuman*).

Y entonces sí. Entonces, gracias a la poesía (*Dadme un verso de apoyo / y moveré el mundo*), la soledad, que al principio fue condena (*¿Quién vive? ¡Alto ahí! ¡Ah del castillo! / Vivo deshabitado de anteayeres / y dejando que el eco entre los muros / de lo que quise ser / me responda con mi propio espectro huido*), escribe Juanma en «Palancas», en unos versos en los que resuenan estos otros, célebres, de Quevedo: *¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde? / ¡Aquí de los antaños que he vivido!*), más tarde refugio (*Traza un pequeño círculo / en el suelo / a tu alrededor. No salgas; y pienso ahora en el cuento*

El descubrimiento de la circunferencia, de Leopoldo Lugones, cuyo protagonista, Clinio Malabar, se rodeaba siempre de un círculo de tiza para no dejar pasar al tiempo; o en el final de *El circo*, la película de Charlie Chaplin, con el protagonista solo, en mitad de un descampado, en el centro de la circunferencia donde estuvo antes la pista central de la compañía), lugar del anonadamiento, donde no queda sino *hacerse el muerto y no ser nada (porque no siendo [...] / el daño no parece tan amargo)*, se convierte finalmente en un ámbito propicio para la reconstrucción o el reencuentro con uno mismo (*tiempo de tener tiempo de encontrarme / y arder solo, sin prisas, a mi lado*, escribe el yo en «Destiempo»), donde es posible hacer pie y tomar impulso. Porque, como en *Tratado de egoísmo* (esto lo sabemos los que hemos seguido a Juanma desde sus primeros poemas; esa suerte tenemos), hay, en la sección final del libro, un movimiento de apertura hacia los otros, hacia las cosas. Quizá Juanma lo llamaría un *desensimismamiento*: *Desasfíxiame*, ha pedido, unamunianamente, poco antes. Comienza en el interludio «Luz que arde», en el que irrumpe por primera vez en el poema un tú no autorreflexivo: *Lo fugaz / del miedo / (de mis miedos) / frente a tus cálidas / certezas de fogata y brazo firme y mar en calma*. Y se hace fuerte después, hasta que, en «A dentelladas», es ya posible *descomponer / el mundo / en versos* —ahora sí—, *reivindicar el gozo y la belleza*, y en una declaración final de reconciliación, *amarlo todo*.

Con cuidado, adéntrese el lector en estos versos, llenos de hondura y saber literario. Y aprópieselos para hacer su propio mapa.

RICARDO LOBATO

HACERSE EL MUERTO

Marco teórico

En esto que me vi obligado
a cartografiar las fronteras de la soledad.
A leer en braille sus límites,
certificar su tacto de aluminio.
A beber lo que escurría de sus goteras
y formular teoremas en su pared de ladrillo.

Viajé sus patios interiores,
siempre por voluntad ajena,
y descubrí sabor a hierro entre los dientes.
Me permití llorar cuando no mirabas.
Descifré la soledad,
solo tuve que desentrañarme.

Hallé, y hollé, sus suelos infinitos
de mármol blanquecino y flor de espejos.
Mordí cuero cuando cortaste mi carne.
Descifré sin ayuda la soledad
y no tuve a quién contar el resultado.

1. CONFINES

Tragaluz

La vida está al revés. Es importante
volver sobre tus pasos.
Dejar la puerta abierta a las heridas.
Cuando un vagón de metro es una daga
y el aire una ecuación irresoluble
es bueno hacer de tripas inconstancia.
No escuches las noticias de la radio,
ten el motor a punto y la cabeza
serena. La llave en el contacto,
la risa encabalgada, divide
las noches con los dientes
y abrázate a los bordes de este abismo
que es solo el tragaluz de la memoria.

Antes

Este poema nunca será
tan bello
como antes de esculpirlo
a partir de un bloque de infinitivos,
carcajadas y miserias. Como antes
de ser piel, de ser espada.
Inofensivo poema cuchillo,
a salvo de la trampa de estar vivo.
Poema ayer misterio, hoy sangre seca,
acento y burla y duele y sortilegio.
Un poco veleidad, poema risa
tan chiste, tan solemne, tan chatarra,
desnudo de verdades, puro adorno
salido de la entraña de un idiota
que fue verdad antes de ser palabra.

Círculo de tiza

Traza un pequeño círculo
en el suelo
a tu alrededor. No salgas.
Estos son, ya por siempre,
los confines de tu mundo.
Estarás a salvo
del daño que te infliges, y también de tus rodillas
desolladas al caer desfallecido. Ya no se clavará
una piedra, día tras día, en tu costado: los guijarros
de tu orgullo malcontento gotearán
ensuciando así la arena enrojecida.
Y cuando aceche, a fin de mes,
la tentación, cierra los ojos.
No hay universo más allá de ti. Afuera
solo te espera, viajero,
la quemazón al rojo blanco
en las puntas de tus nervios
atrofiados de llevar tu peso muerto.

Canción del inmortal

La clave y la armadura, trazar el pentagrama.
Se ahuecan las canciones volviéndose liturgia.
En algún sitio, lejos, habrá mil titulares
que traten de dar cuenta de lo que nunca he sido.

Yo trato de engañar a la muerte con poemas,
quizá depositarme en esto que ahora lees.
La savia entre los dientes, el agua alimentando
estas ramas tan pobres que solo tienen prisa.

Ni leyes ni ambiciones, escaso patrimonio
compuesto de derrotas y algún que otro inquilino
en un álbum de fotos cansado y taciturno
que aspira a renunciar a su carga de recuerdos.

Habrá que resarcirse dejando testimonio
del viento y de la pena, del sol y del cansancio,
dar fe de las erratas de un dios analfabeto
y levantar las actas que expliquen este entierro.

Por escrito

Voy a llenar, y lo pongo por escrito,
mis tardes de ventisca;
mis noches, de alfileres,
y también mis tristezas de verbena.
Voy a darle la vuelta a este misterio.

Me he propuesto regresar de la batalla
perdida, de la mísera
caída del caballo, y ante todo
poner cabeza abajo los delirios.

Porque el delirio es una cosa seria,
cabal, como de niños
que sueñan ser cometas,
y quién no quiere bailarte en huracanes.

Y si es que en el transcurso verde oscuro
de este plácido viaje de regreso
me nace algún poema entre las penas
prometo aprovechar la coyuntura.
Que no es poeta, amor, el que construye,
sino el que intenta dar a luz tus amapolas.

Cardiograma

Me regalo, qué remedio, los hastíos.
El remiendo de una herida mal curada.
Dadme luz, dadme caricia y firmamento
en lugar de esta prisa impertinente.
La primera persona del plural me la negasteis
y por eso
vuelvo al martilleo de las voces en el pecho,
canción de taquicardia y desengaño.
Y sueño escribir gritos y desgarros
porque escribir palabras sabe a poco:
A risa, a pegamento,
a luces de poema ensangrentado.
Y quiero correr mucho, porque el aire
me ahueca los pulmones y las trampas.

Abecedarios

Quisiera revender las esperanzas
que afloran al calor de la tristeza,
dormir al raso cada primavera
y dar cobijo en una buena lumbre
(un crepitar fugaz, reconfortante)
a todo caminante sin cabaña.
Regar con versos buenos las heridas,
versos que resonaran bajo el agua
cuando existiera riesgo de rendirnos.

Y solo por rasgar las vestiduras
de este poema triste y solitario
quisiera daros algo de consuelo
si acaso hiciera falta, o sin hacerla.
Al fin y al cabo acecha el desespero
(¿se pueden confinar las emociones?)
detrás de cada sombra de alegría,
y solo tengo para combatirlo
esta limosna azul de abecedarios.